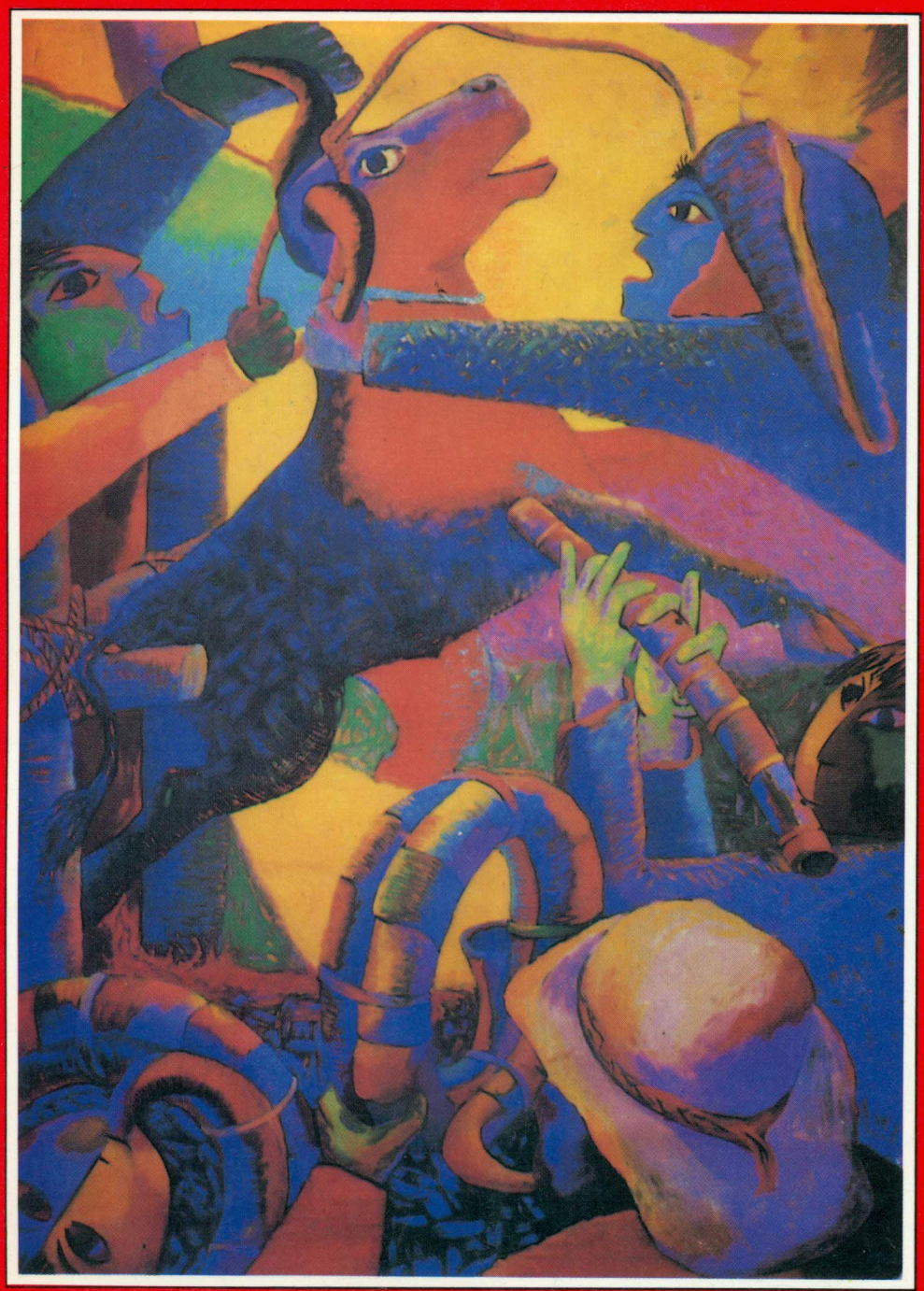
EL CASO CHUMBIVILCAS

Itinerario de una Barbarie



APRODEH

Asociación Pro Derechos Humanos

fidh

Federación Internacional de Derechos Humanos

La tortura, matanza y desaparición de decenas de campesinos en Chumbivilcas y Antabamba, en abril y mayo de 1990, fue una de las últimas violaciones masivas de los derechos humanos cometidas por las fuerzas de seguridad durante el gobierno del presidente Alan García, que estuvo signado por masacres atroces como Accomarca (agosto 1985), los penales (junio 1986) y Cayara (mayo 1988).

En este caso se trató de una macabra caravana de la muerte, que emprendió una expedición punitiva desde la base de Antabamba, en Apurímac y que recorrió pueblos y comunidades de esa zona y de la provincia cusqueña de Chumbivilcas, dejando a su paso una estela de dolor y muerte. La patrulla era comandada por un teniente del ejército apodado «Negro».

La masacre quedó, como tantas otras, impune. Los procesos legales se entramparon, como siempre, en una maquinaria judicial sometida al poder político y militar. Después, las leyes de impunidad promulgadas por el presidente Alberto Fujimori en junio de 1995, han pretendido echar un manto de impunidad definitiva al atropello. Eso, por supuesto, no obvia la tarea de recuperación de la memoria histórica de la sociedad ni la lucha por obtener justicia, a lo que espera contribuir esta publicación.

El Racismo como Justificación

La tortura, matanza y desaparición de decenas de campesinos en Chumbivilcas y Antabamba, en abril y mayo de 1990, fue una de las últimas violaciones masivas de los derechos humanos cometidas por las fuerzas de seguridad durante el gobierno del presidente Alan García, que estuvo signado por masacres atroces como Accomarca (agosto 1985), los penales (junio 1986) y Cayara (mayo 1988).

En este caso se trató de una macabra caravana de la muerte, que emprendió una expedición punitiva desde la base de Antabamba, en Apurímac y que recorrió pueblos y comunidades de esa zona y de la provincia cusqueña de Chumbivilcas, dejando a su paso una estela de dolor y muerte. La patrulla era comandada por un teniente del ejército apodado «Negro».

La masacre quedó, como tantas otras, impune. Los procesos legales se entramparon, como siempre, en una maquinaria judicial sometida al poder político y militar. Después, las leyes de impunidad promulgadas por el presidente Alberto Fujimori en junio de 1995, han pretendido echar un manto de impunidad definitiva al atropello. Eso, por supuesto, no obvia la tarea de recuperación de la memoria histórica de la sociedad ni la lucha por obtener justicia, a lo que espera contribuir esta publicación.

El extraordinario trabajo realizado por el antropólogo Andrés Chirinos Rivera, «¿Acaso Somos Perros?», constituye el meollo del libro. Chirinos transcribió los testimonios de campesinos quechua hablantes, testigos de lo ocurrido, y los organizó en una pulcra edición bilingüe.

Este texto pone en evidencia una de las características claves de la guerra antisubversiva librada en el Perú y en su signo marcadamente racista. En el campo los que más sufrieron las consecuencias de la guerra fueron los campesinos indígenas, considerados así como sub-humanos, tanto por miembros de las fuerzas de seguridad y de la clase política como -hay que decirlo- por una parte de la sociedad.

Es una obvia falsedad creer que el racismo, impuesto hace cinco siglos a la sociedad peruana, ha desaparecido. Si bien los cambios sociales, económicos y culturales lo ha ido atenuando, el racismo sigue presente y brota por todos los poros de la sociedad, como ha ocurrido recientemente en el sonado caso de las discotecas limeñas. En la guerra antisubversiva se convirtió en uno de sus componentes esenciales, pues tanto los subversivos de Sendero Luminoso como las fuerzas de seguridad usaron y atropellaron a la población indígena sin miramientos.

El racismo, explícito o implícito, abierto o encubierto, sirvió de justificación para las espantosas matanzas cometidas en la guerra, para torturar, violar y maltratar. Si la víctima es considerada por el victimario como un ser inferior, casi un animal, se borra o atenúa el sentimiento de culpa que puede producir en él las atrocidades que ejecuta. Eso es funcional para los jefes, los planificadores de las operaciones y de las estrategias, interesados en obtener la derrota del enemigo a cualquier precio.

Los testimonios transcritos y traducidos por Chirinos dan cuenta de esa situación. Es una suerte de reedición contemporánea de «La Visión de los Vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530 - 1570)» de Nathan Wachtel, [1] ese extraordinario libro de etnohistoria que da cuenta de cómo sintieron y vivieron los indios del Perú la Conquista española.

Pero no hay que olvidar que gran parte de la sociedad peruana, predominante urbana y mestiza, ha compartido de alguna manera ese racismo encubierto. Mientras la guerra se libró básicamente en el campo, hubo un aterrador desinterés por lo que allí ocurría. Aunque algunos sectores advertían sobre lo que estaba sucediendo, lo cierto es que el interés no fue lo suficientemente fuerte para impedir que continuara.

Sólo a principios de la década de 1990 la situación cambió en el sentido de que la preocupación por la amenaza subversiva aumentó. Y esto porque las debilitadas hueste senderistas, derrotadas en el campo por las fuerzas de seguridad y las organizaciones de autodefensa campesina, trasladaron el eje de su accionar a Lima y otras ciudades, incrementando una feroz e inútil campaña terrorista, oleada que sólo fue frenada cuando la policía especializada capturó a Abimael Guzmán y la cúpula senderista en setiembre de 1992.

En la primera parte del libro se presenta una descripción de los acontecimientos preparada por la Liga Agraria «Arcadio Romero» de Chumbivilcas y APRODEH en mayo de 1990, apenas sucedidos los hechos. La segunda parte es el excepcional trabajo ya descrito de Chirinos «¿Acaso somos perros?», que a su vez consta de dos secciones, una consistente en un estudio de los eventos en base a los testimonios. Y la otra, los testimonios en su versión quechua y la traducción al castellano.

APRODEH

[1] Gallimard, París, 1971. Alianza Editorial, Madrid 1976.